

La fuerza de un pueblo

Juan Carlos Martínez

Misionero y voluntario en el departamento de América de Manos Unidas.

La Constitución Federal Brasileña reconoce el derecho de los Pueblos Indígenas a la preservación de sus tierras ancestrales, su lengua y su cultura. Pero los pueblos indígenas de Raposa Serra do Sol, en la frontera norte de Brasil con Venezuela, han tenido que luchar por más de 30 años para ver su sueño hecho realidad.




Manos Unidas

Hacia el final de la tarde del 5 de abril de 2005 todos los que de uno u otro modo habían participado del proceso por la homologación de la Tierra Indígena Raposa Serra do Sol, esperaban la ansiada noticia de la firma del decreto por parte del Presidente de la República. Fueron llegando a la sede del Consejo Indígena de Roraima, y entre abrazos, felicitaciones, sonrisas y también lágrimas, festejaron lo que creían debería ser el final de un libro de historia que comenzó a escribirse treinta años antes. La noticia, festejada por indígenas y por sus amigos, pocos, fue mal recibida por el poder político y económico de Roraima, que

todo o en parte este proceso tuvieron que hacer para ver el sueño hecho realidad. Atrás quedan hoy los 21 líderes asesinados, las palizas de la policía, los insultos, las calumnias difundidas por la prensa local, la destrucción de comunidades, los secuestros, las persecuciones, el miedo.

Hoy nos sorprende por la osadía. ¿Cómo un grupo de indios, descalzos, "incivilizados", carne de cañón, mano de obra barata para las haciendas, podía oponerse al estado de las cosas, al poder y a los poderosos? Dejaron de trabajar para los blancos, abandonaron el alcohol, comenzaron a preocuparse por la vida de sus familias y comunidades y, lo más importante, iniciaron un proceso de recuperación de la dignidad robada en décadas de explotación. Comenzaron a ser ellos mismos.

Los que hicieron parte de esta historia, cuando han tenido el tiempo y la oportunidad de sentarse y volver la vista atrás, han podido apreciar el significado de los acontecimientos más allá de lo externo, de la anécdota o de la batallita. Se dan cuenta de haber hecho parte de una gran historia. La lucha de los pueblos macuxi, taurepang, wapixana, patamona e ingarico para reconquistar su derecho a la vida y a la diferencia se enclava no sólo en el marco de la lucha histórica de los pueblos indígenas de América Latina, sino también en las movilizaciones sociales de los años 70 y 80, en combate contra la dictadura militar que proponía una forma de estado unificador, monolítico e intolerante con las dinámicas sociales y culturales diferentes. En contraposición, la propuesta de diversidad cultural, política, económica y religiosa contra la rigidez de quienes ven en lo diferente un enemigo a combatir.

Y quien allí ha estado sabe, y es consciente, de haber hecho parte de una de esas dinámicas históricas casi irrepetibles. Un momento de inversión de los procesos normales, un giro capaz de cambiar radicalmente la cruda dinámica de la realidad. Quien por allí ha pasado es testigo de lo que un pueblo es capaz de hacer cuando se entiende a sí mismo como sujeto de su propia historia. 

Han sido necesarias más de tres décadas de luchas y sufrimientos para llegar a este reconocimiento

veía cómo décadas de prepotencia y humillaciones no habían resuelto el asunto a su gusto. Y aunque el gobernador decretó luto oficial con banderas a media hasta y crespones negros, a pesar de no haber difunto, no se resignó. Al contrario, fue desplegada toda la maquinaria del Estado para conseguir que el Supremo Tribunal de Justicia anulase el decreto presidencial. A partir de ese momento la fiesta quedó en suspenso hasta que el Supremo decidiese la forma y manera de poner fin a la disputa.

Y ese día llegó el pasado 10 de diciembre de 2008: la tierra pertenece a las comunidades indígenas, es un derecho anterior a la existencia del propio estado brasileño y un derecho inalienable de los pueblos indígenas, reconocido por la Constitución. Han sido necesarias más de tres décadas de luchas y sufrimientos para llegar a este reconocimiento. Muchos fueron los sacrificios que las comunidades indígenas y los no indígenas que acompañaron en